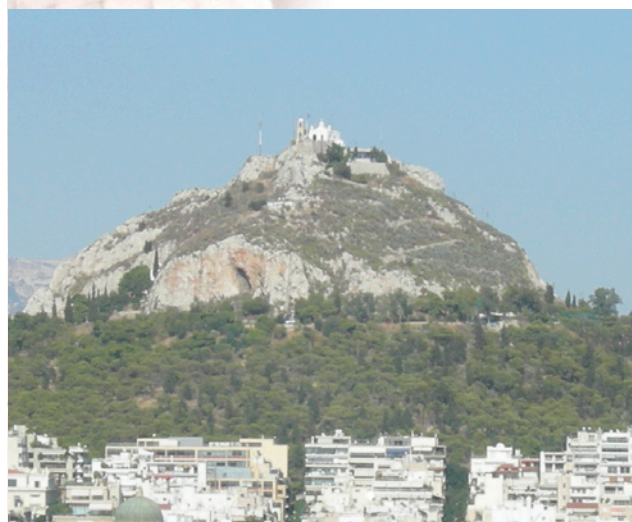




Tal es el aspecto que ofrece la Esparta arcaica. Así, se llega a establecer que presenta muchas zonas de sombra, una originalidad indiscutible y un dinamismo creador que encerraba germinalmente muchas amenazas, pero que también remarca un cierto conservadurismo en instituciones tempranamente diseñadas y rápidamente solidificadas, con riesgos de agravamiento de las diferencias sociales entre ciudadanos con rechazo de un cierto número de entre ellos al grupo considerado "inferior" y una aplastante superioridad numérica de las poblaciones sometidas.



Conformada por aldeas independientes paulatinamente unificadas, ciertas agrupaciones locales precederían al amplio movimiento que culminó en la conversión de Atenas en el centro político de la península.

Atenas

Durante este mismo período, Atenas también intentó ampliar su territorio y estabilizar sus instituciones en nombre de la eunomía. No obstante, los procedimientos para lograrlo fueron muy distintos y las soluciones más tardías. De esta manera, conformada por aldeas independientes paulatinamente unificadas, ciertas agrupaciones locales precederían al amplio movimiento que culminó en la conversión de Atenas en el centro político de la península. La legendaria atribución a Teseo de la responsabilidad de esta unión, a raíz de un sinecismo único, destaca la unidad política de la zona del Ática, pero descuida la vitalidad de las asociaciones y los cultos locales, bajo la variable influencia de algunas familias, cuya organización ha de remontarse a una época de independencia.





Acrópolis de Atenas.

Atenas, al igual que otras Ciudades, pasaba por una crisis política y social. Aristóteles mismo se refiere al clima entonces reinante cuando argumenta que la mayoría del pueblo se hallaba subyugado por unos pocos, y el pueblo se había sublevado contra los nobles.

Según la Constitución de los Atenienses, de Aristóteles, utilizada como nuestra fuente principal, la constitución estaba entonces plenamente de acuerdo con el esquema general. Así, contaba con nueve arcontes (el epónimo, el basileus, el polemenco y seis tesmotetas, cuya función judicial no se concretará hasta el siglo VI a. C.), un consejo aristocrático llamado del Areópago, y una asamblea popular en la que se ignora si tenían cabida los carentes de capacidad política. Durante este período, entonces, Atenas consiguió poner bajo su gobierno a las otras ciudades de la Ática. Así, este proceso creó el mayor y más próspero estado de la península griega, aunque también creó una gran cantidad de gente excluida, por parte de la nobleza, de la vida política. Por ello, durante gran parte del siglo VII a. C. fue que se produjeron revueltas bastante generalizadas, lo que obligó al Areópago a nombrar legislador epónimo a Dracón, a quien se le atribuye la primera codificación de las leyes constitucionales de la ciudad, hasta entonces transmitidas oralmente, pero a las que Aristóteles, con seguridad, le confiere un carácter apócrifo. Poco después, un joven noble, Ción, no logró imponer su tiranía, merced a la enérgica reacción de los arcontes, aparentemente apoyados por el demos. Tales son las magras informaciones de que disponemos para la historia ateniense de los siglos VIII y VII a. C.

Fue entonces cuando apareció la célebre figura de Solón. Incluso se le atribuyeron abusivamente todas las medidas que permitirían luego convertirlo en el padre de la democracia moderada. En ese momento, Atenas, al igual que otras Ciudades, pasaba por una crisis política y social. Aristóteles mismo se refiere al clima entonces reinante cuando argumenta que la mayoría del pueblo se hallaba subyugado por unos pocos, y el pueblo se había sublevado contra los nobles.

Política y socialmente, el poder de los aristócratas era discutido por un creciente número de atenienses y, sobre todo, por los hoplitas y por aquéllos cuya fortuna se basaba más en la artesanía y el comercio y no en la tierra.



Durante largo tiempo unos lucharon contra otros, haciendo que el enfrentamiento llegara a un punto sin retorno. No obstante, en este clima, los adversarios acabaron por pactar la elección de un árbitro, eligiendo como magistrado de la ciudad a este aristócrata de mediana fortuna y poeta elegíaco que narró sus esfuerzos, sus logros y sus fracasos.



El Partenón en Acrópolis, Atenas.

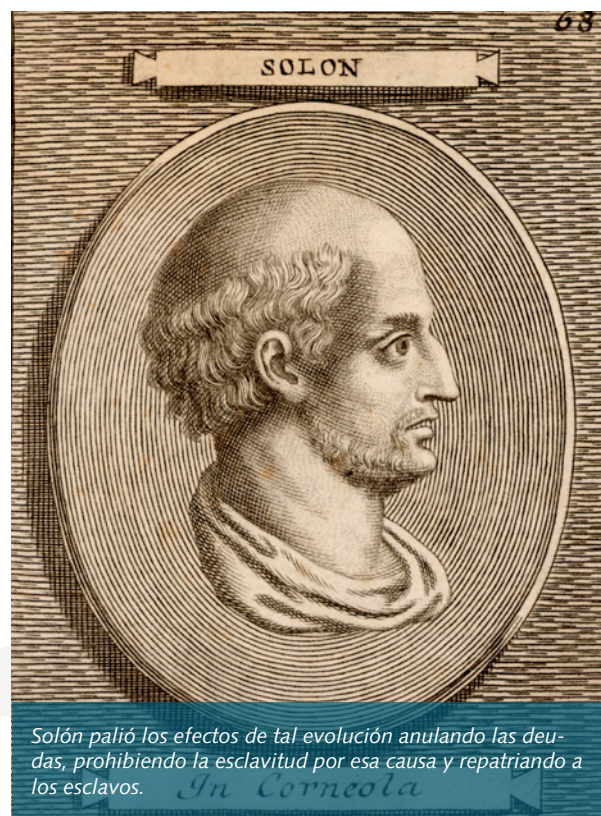
Política y socialmente, el poder de los aristócratas era discutido por un creciente número de atenienses y, sobre todo, por los hoplitas y por aquéllos cuya fortuna se basaba más en la artesanía y el comercio y no en la tierra. A la vez, los pequeños propietarios que vivían de su tierra estaban abrumados, o amenazados de serlo, por los más ricos. De hecho, la discusión sobre la correcta interpretación de los textos de Aristóteles, Plutarco o el mismo Solón es, aún, vivaz, de modo que la mayoría de los estudiosos se atienen a los elementos comúnmente aceptados. Por causas mencionadas anteriormente, ciertos pequeños cultivadores se endeudan, por lo que los ricos les adelantan simiente y alimentos. A causa de esta deuda, las rentas disminuyen cada año y se hace más fuerte el recurso al préstamo. Así, el acreedor disfruta de un derecho creciente sobre las cosechas por venir, a tal punto que algunas tierras habrían sido marcadas con un horoi, que no es más que un mojón o señal de piedra utilizado para delimitar las propiedades, dando fe de la hipoteca sobre la cosecha. Finalmente, el deudor se hace insolvente.

Solón favoreció apoyando el desarrollo de la artesanía, obligando a los padres a enseñar un oficio a sus hijos y modificando los sistemas de pesos y medidas para facilitar los intercambios. De hecho, el siglo VI contempló la expansión de las producciones artesanas de Atenas.



Si es cierto que los bienes patrimoniales aún eran inalienables, no puede librarse de la deuda vendiendo su tierra, por lo que no le queda por vender sino su persona y quedándose, in situ, como mano de obra sujeta por el acreedor, o bien es vendido como esclavo en el extranjero. Este grupo es, pues, víctima de una coerción sobre sus personas.

De esta manera, esta situación pudo llegar, en su desarrollo, a amenazar los fundamentos mismos de una Ciudad cuyos cimientos se basaban en el campesinado. Así, mediante la seisachteia o "supresión de cargas", Solón parece que palió los efectos de tal evolución anulando las deudas, prohibiendo la esclavitud por esa causa y repatriando a los esclavos. Sin embargo, Solón presume de no haber ido más allá, puesto que no estipula en la legislación ni repartos de tierra ni ayuda especial a los campesinos ni prohibición del endeudamiento de cara al futuro. Por ello, hacia el 541 a. C., bastará a Pisistrato facilitar a los pequeños campesinos una ayuda eficaz para que el problema desaparezca de nuestras fuentes hasta el siglo IV. Quizás Solón favoreciera el recurso a otra solución, apoyando el desarrollo de la artesanía, obligando a los padres a enseñar un oficio a sus hijos y modificando los sistemas de pesos y medidas para facilitar los intercambios. De hecho, el siglo VI contempló la expansión de las producciones artesanas de Atenas.



Así las cosas, a Solón se le atribuyen muchas otras leyes: de consolidación de la familia, reconociendo la primacía del oikos sobre el genos; de control de la moralidad privada; de confirmación de la legislación criminal draconiana; y de control de la economía, prefigurando la regulación sobre aguas y la prohibición de exportar cualquier producto agrario que no fuese aceite de oliva.

Su reputación de fundador de la democracia procede, más bien, de la obra constitucional que se le atribuye. Según parece, había tres grupos socioeconómicos de titulares de derechos: aristócratas, de buena cuna y propietarios de bienes raíces bastante ricos, a los que se los conocía como eupátridas; el resto de los propietarios de suelo, llamados geomoroi o agroikoi; y los demás, que vivían de salarios o de ventas, los demiurgos.



Con el progresivo desarrollo del comercio marítimo ático y la exportación de artesanías, también se encontraban los sectores carentes de tierras productivas, como los pequeños productores rurales, los artesanos y los mercaderes, quienes se concentraron entre el puerto y la costa de Atenas junto con los metecos, inmigrantes sin derechos políticos e, incluso, sin derecho a la posesión de casa propia. Solón entonces Solón organizó un sistema timocrático que significó la división de la población no extranjera y libre en cuatro clases censitarias según el volumen en medimnos (la unidad de medida de volumen arcaica de la Antigua Grecia para la materia seca) de su producción agraria, mientras que para los sectores que no obtenían ingresos de la tierra, se confeccionó una equivalencia. De este modo, los derechos políticos de cada individuo dejaban de establecerse de acuerdo a su linaje y pasaban a considerarse en arreglo a su riqueza. A su vez, la división servía para organizar la milicia.



Antiguo teatro griego en la Acrópolis de Atenas.



La clase más alta fue la de los pentacosiomedimnos, que disponían de una renta agrícola de, al menos 500 medimnos de trigo o más. Éstos disponían de la plenitud de sus derechos políticos y podían elegir o ser electos para cualquier cargo gubernamental, incluido el de arconte. Por lo demás, en tiempos de guerra ejercían los más altos cargos militares y se les encomendaba a sus miembros el suministro de los recursos necesarios. En particular, debían hacer entrega de las denominadas "liturgias", que incluían el armamento de un barco de guerra, la financiación de una embajada en el extranjero y el montaje de una pieza teatral. La segunda clase fue la de los hippeis, con ingresos superiores a los 300 medimnos. Contaban con los mismos beneficios políticos que los primeros y, correspondientes a un desdoblamiento del primer grupo, debían prestar servicio como caballeros y mantener el caballo por su cuenta.



Aristócratas.

La tercera de las clases la constituyeron los zeugitas, cuyos ingresos superaban los 200 medimnos. Este grupo no podía ser electo ni participar en la elección del arconte, aunque sí en la de los demás cargos y sus integrantes ser electos para ellos. Debían integrarse a los hoplitas y cargar con los costos de sus armas. La última clase estaba formada por los thetes, de ingresos inferiores a los 200 medimnos. No podían ser electos para ningún cargo; podían, en cambio, participar en la elección de aquellos cargos que no fueran el arcontado. Este grupo, en tiempos de guerra, constituía la infantería ligera y el grueso de los remeros de la flota de Atenas. De esta manera, el consejo del Areópago se formó con los ex-arcontes.



Artesanía griega. Derecha: remeros de la flota de Atenas.

Sobre todo, parece que hubo de juzgar homicidios voluntarios y velar por el respeto a la constitución, quizás controlando a los magistrados, cada vez más desembarazados de su tutela a medida que pasaba el tiempo. Es más, Aristóteles asegura que se llegó a crear un segundo consejo, de cuatrocientos miembros, aunque no consta ni la menor prueba de su existencia.

Más célebres y duraderas fueron sus reformas judiciales. Un tribunal popular, la Heliea, compuesto por ciudadanos elegidos por sorteo, abierto a todos, servía, como mínimo, de tribunal de apelaciones. Y, sobre todo, se dotó a cada ciudadano del derecho a actuar en justicia contra quien hubiese infringido las leyes. Así se asentaba la responsabilidad colectiva de los ciudadanos, a tal punto que Aristóteles atribuye a Solón esta ley extraordinaria. Cada cual es, pues, responsable de la ley y de que sea respetada, y le está sometido y protegido por ella, sea cual fuere su condición social.

Comercio Marítimo.

Los atenienses se habían estabilizado en su territorio y en sus tierras. Los privilegios aristocráticos se batían abiertamente en retirada, aunque las instituciones no lo reflejasen todavía.

No obstante, nadie ha de salirse del lugar que tal ley le asigna: así lo quiere la eunomía. En cuanto la ley deja de ser observada, reina la stasis. Así las cosas, tras la marcha de Solón, en efecto, la stasis se produjo enseguida, puesto que se pasó un año sin arcontes; un tal Damasias se impuso como arconte durante dos años y dos meses y hubo luego de ser expulsado; y hacia el 580 y el 579 a. C. se eligió a diez arcontes encargados de restablecer el orden. La decisión es tan sorprendente que ha sido puesta en duda, aunque esta tarea debió de desarrollarse adecuadamente, pues el sistema soloniano parece que, en lo sucesivo, funcionó hasta fines del siglo, incluso bajo la tiranía.

Así, la tiranía no tenía sino que proveer de solución seria a la crisis que sacudía al campesinado y que imponer a los aristócratas el respeto a las conquistas políticas y sociales. Ésa será la obra de los Pisistrátidas. Por ello, a fines del siglo VI, los atenienses se habían estabilizado en su territorio y en sus tierras. Los privilegios aristocráticos se batían abiertamente en retirada, aunque las instituciones no lo reflejasen todavía. Sin embargo, la caída de los tiranos dejará un vacío que era preciso colmar rápidamente, so pena de ver cómo Esparta lo aprovechaba para extender su influencia.

Hacia falta que entre los aristócratas, que seguían siendo el único personal político disponible, se diese suficiente apertura e imaginación como para conducir a la Ciudad por el camino de las reformas que asociasen a la totalidad del demos con la vida política.

Tribunal.

